

En la vena musical y bucólica del pueblo nuevomexicano, los temas eternos: la vida, el amor y la muerte se han vertido en tragedias y comedias, y renovado constantemente una música que cada generación ha hecho suya enriqueciendo siempre su repertorio.

Herencia de esa música fue la inspiración de los cantos del desierto manifestada en la aportación indígena, en la rusticidad del cantar llano y de inspiración religiosa en la polifonía popular derivada de la tradición barroca, cuya raíz popular cristalizó en varios géneros que siguieron vigentes después de la ocupación estadounidense de 1848 y mutaron o desaparecieron gradualmente a partir de 1930.

Toda la música del Nuevo México encuentra sus raíces en las alianzas militares y culturales de mestizos, españoles peninsulares, criollos, mexicanos e indios pueblo de los siglos XVIII y XIX que produjeron un mestizaje muy peculiar. Por ejemplo, la música de la danza ritual de los Matachines, que se toca y se baila aun hoy en las fiestas de los pueblos hispanos e indígenas, es una representación alegórica del encuentro de las culturas árabe, hispana, indígena y mexicana. Abigarrada música, al gracioso compás de las notas del violín europeo y la guitarra sevillana, con el sonoro retumbar de la tambora tenochca y del tombé de Cochití. Las canciones melancólicas, como las inditas, constituyen otra forma musical con elementos pluriculturales, ya que su ritmo y su melodía muestran las influencias indígenas adaptadas a los oídos mestizo y castizo. Sus temas oscilan entre el amor y la tragedia y casi siempre manifiestan interacciones entre hispanos e indios.

La música nuevomexicana se enriqueció con la vena interpretativa que cursó el Camino Real de Tierra Adentro, vínculo cultural entre la capital del virreinato de la Nueva España y esta lejana provincia; vínculos más estrechos se generaron entre Aguascalientes, Zacatecas, Durango, Chihuahua y la antigua Nueva Vizcaya. La música de los siglos XVII al XIX fue un aporte total. Una nueva